

Festival de gestos y formas, maquillajes y colores

Arquitectura fin de siglo. Un manifiesto de ausencia

Alberto Saldarriaga Roa

Editorial Universidad Nacional, Santafé de Bogotá, 1994, 163 págs.

En un estante de la biblioteca está *Habitabilidad*, quizá el primer texto personal de Alberto Saldarriaga, fechado en 1976. Después, generalmente asociado con el de Lorenzo Fonseca, su nombre encabeza varios estudios de tipo exploratorio, por lo demás pioneros en múltiples campos y varios temas relacionados con la trayectoria histórica, los derroteros o los avatares de la arquitectura y de la ciudad colombiana entre los cuales están: *Aspectos de la arquitectura contemporánea en Colombia* (del cual fue coautor en 1977), *Lenguaje y métodos en la arquitectura* (1983), *Notas sobre el patrimonio arquitectónico colombiano* (1983), *Arquitectura colombiana* (1984), *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia* (primer volumen en 1980 y segundo en 1984), *Vivienda en madera, San Andrés y Providencia* (1985), *Arquitectura para todos los días* (1988), *Un siglo de arquitectura colombiana* (en la *Nueva historia de Colombia* [Planeta], 1989), *La casa en la arquitectura moderna colombiana* (capítulo sobre Bogotá. Obra colectiva, 1990), *Arquitectura popular en Colombia* (premiado en la Bienal de Arquitectura en 1992), *Vivienda guajira* (1992), *Manual de manejo del espacio público* (1992), *Guía de arquitectura de Colombia* (con fotografías de Germán Téllez, 1994).

De sus andanzas de campo, el autor ha conservado las mejores fotografías, reunidas después en dos libros especialmente dedicados a las manifestaciones estéticas o pictóricas que brotan de manera "natural" en la arquitectura popular cotidiana, bien sea rural o urbana. Con precio de cinco cifras, alcanzan una calidad tan evidente, que incluso algún día —¿durante una visita?— desaparecieron del estante.

Es preciso agregar que sus artículos aparecen con cierta frecuencia en la revista *Proa*, lo mismo que en la sección Arquitectura-Urbanismo de varias revistas, y en las separatas culturales de la prensa dominical bogotana.

Como si fuera poco, da sus clases de historia-teoría en la Nacional y en los Andes, maneja su propio grupo de investigaciones, atiende sin reticencia las solicitudes de conferencias de varios eventos anuales o de otras universidades del continente. Mientras tanto, con la mano izquierda escribe un prefacio, y es eventualmente asesor o jurado en un concurso; adicionalmente practica su oficio, diseña proyectos arquitectónicos y compete en concursos oficiales; y para descansar pinta con acrílicos unos cuadros cada año.



Desde luego, para reseñar su último libro, saber lo anterior no es indispensable; pero sí es útil. En primer lugar, permite situar en determinados contextos una personalidad multifacética que combina en forma a veces contradictoria unas prácticas artísticas y las tareas cotidianas de un oficio con hondo alcance social. Por otra parte, este último texto, como se ve, cierra un ciclo de casi veinte años de producción escrita en torno a la arquitectura del país. Y finalmente porque, conociendo las diez obras que lo precedieron, el comentarista del último libro sabe de entrada que debe manejar el asunto con respeto y avisada prudencia. De tal manera que esta panorámica permite un acercamiento más acertado y "calibrado" a su nuevo escrito. Así en su obra impresa es necesario distinguir dos líneas trenzadas en un mismo camino global: la investigación, la reflexión.

El libro que hoy se reseña pertenece al segundo grupo.

En cuanto a las ideas que se manejan, son de distinta índole. A veces recorren la historia de Latinoamérica, vista como "proyecto inconcluso". La vieja ambigüedad de la arquitectura, ni pez ni carne, en sándwich entre técnica y arte, entre saber y genialidad, y los debates en torno a esta dicotomía, son otro tema reiterativo. El origen y el éxito actual de una efímera corriente de moda, llamada "posmodernismo", también irrumpen en las preocupaciones del autor. De tal modo que en varios capítulos dedica unas páginas acérrimas para quitarle su engañosa máscara de pacotilla ideológica pseudoprogresista, y de paso lo desnuda arrancándole los extravagantes harapos de sus vistosos atavíos para pobres con dinero. Cada uno de estos temas merecería aquí algunas anotaciones. No obstante, en los límites de sus pocas páginas, esta reseña quiere destacar en forma prioritaria el contenido altamente político de algunas reflexiones del autor que se sitúan decididamente en el campo de la ideología.

* * *

Visto como discurso construido, el volumen lo conforman, en ciento sesenta páginas, diez capítulos cortos que se podrían calificar como artículos largos, o quizá como ensayos breves, escritos todos entre 1989 y 1992. Como lo señala el prólogo, estos textos nutren una cátedra universitaria y las discusiones que agitan el mundo académico en torno a la arquitectura moderna. En este sentido, cada título tiene una estructura didáctica; lo cual quizá revela su destino original de conferencia. Concluye con una bibliografía, donde el autor evidencia otro aspecto de su búsqueda: la lectura siempre actualizada y su extensa erudición. Así se apoya en unos treinta autores que en distintas latitudes están reflexionando sobre los rumbos de la arquitectura del presente siglo y las perspectivas que se perfilan para la próxima centuria.

Aquí se evidencia la "ausencia" que señala el autor en su subtítulo. Cuando sus referencias no son anglosajonas, acude a los planteamientos de autores franceses, o a citas traducidas del italiano o del alemán. Con dos excepcio-

nes latinoamericanas, significa eso que Saldarriaga sólo encuentra posibilidad de diálogo fuera del continente. Lo cual es grave, considerado desde su propia mirada sobre "la ausencia". Pero se entiende tal carencia sabiendo que en estas tierras andinas se cuentan con una mano los "teóricos" que lograron difundir su pensamiento en torno a la arquitectura nacional. De paso, tal "ausencia", más que la indiferencia, indica el grado de aislamiento que en Colombia tiene que aceptar y padecer aquel que trata de reflexionar sobre un campo específico del trabajo intelectual y del saber. Y también permite ubicar a Alberto Saldarriaga en estas dramáticas soledades que vive el explorador del conocimiento.



Paradójicamente, es a través de esta bibliografía internacional como Saldarriaga aborda uno de sus temas de mayor acoso y máxima angustia: la imposibilidad hereditaria, casi atávica, de una arquitectura con nítida personalidad nacional; y la vulnerabilidad del diseñador-proyectista colombiano ante el poderío aplastante de seductoras ideologías intrusas que imponen aquí las corrientes externas. Varios de los artículos recorren la historia del país y del continente para explicar esta aparente fatalidad; concluyen registrando con cierta tristeza la carencia de una arquitectura nacional y la "ausencia originaria" —si se puede decir— de conciencia nacional en estas atropelladas cordilleras, tan mestizadas como colonizadas. Pero de paso, y con base en el conocimiento adquirido mediante sus continuas indagaciones a través del territorio, en algún momento observa, con toda la lucidez del caso, esta clara

dicotomía; la arquitectura profesional y comercial urbana desconoce o desprecia lo nacional, cuando las multitudes populares, enfrentadas a las duras realidades diarias, lo afirman con mucha vitalidad y no poca creatividad, en los campos y los barrios a lo largo y ancho del país.

Esta búsqueda ilusoria de una identidad imposible está patéticamente presente en todo el libro, de principio hasta el final; y su fracaso explica no solamente el tono de desencanto de este "manifiesto de ausencia", sino también la rabia de desesperación que se expresa a veces por un estilo agresivamente radical, con acentos de protesta, muy a menudo de denuncia, pero siempre pesimista o desengañado.

A lo largo de ciento cincuenta páginas lo que dice y repite Saldarriaga se puede sintetizar así:

Durante los últimos cinco siglos no hemos producido, ni diseñado, ni construido nada que no sea de inspiración española, copia de lo francés, o importación norteamericana. ¿Será que acaso estamos condenados a la desgracia de esta permanente dictadura, o que podemos crear lo nuestro?



Saldarriaga entabla un juicio; indaga, diagnostica, y luego produce un juicio en el cual acusa, denuncia, inculpa. Es cuando surgen páginas escritas con la mezcla explosiva que puede producir una pluma de nostalgia, un papel para la rabia de la impotencia, y una tinta hecha con vitriolo y una pizca de arsénico. Entonces, en la desesperación de constatar tantos fracasos y abdicaciones,

la voz escrita se hace sarcástica, irónica, con sabor a sana sátira. Y de paso, con imágenes literarias y ácidos adjetivos, clava sin compasión a los culpables.

De entrada y en el primer artículo, el autor pone lealmente las cartas sobre la mesa y nos indica el tono general de la obra. Un párrafo ilustra esta postura:

Amparado por el triunfo del dinero y bajo las banderas del "posmodernismo" se ha establecido un festival de gestos y formas, de maquillajes y colores que ha desalojado la expresión adusta y severa de una modernidad escueta y desabrida. El optimismo que alienta esa festividad es alimentado en buena medida por los insumos del inmenso y triunfalista aparato corporativo multinacional que disfruta uno de sus mejores momentos. El gusto de gobernantes, corporaciones y magnates ha encontrado en ese posmodernismo los ingredientes necesarios para construir una imagen visual que haga lo más notoria posible la evidencia de su poder. La tónica de la arquitectura internacional en la década de los años 80 fue dada precisamente por la celebración de ese poder a través de las versiones posmodernas de los nuevos monumentos cuyas imágenes, ampliamente difundidas a través de los medios impresos y audiovisuales, han permeado profundamente la conciencia profesional en todo el mundo. De esta celebración se excluyen muchas consideraciones impertinentes, en especial las que se refieren a la responsabilidad social de la arquitectura y al interés por resolver los problemas que antaño preocupaban a la comunidad profesional; la ciudad, la vivienda, la calidad de vida de las comunidades. En forma bastante mercenaria, la arquitectura ha sido puesta al servicio del poder.

En otro párrafo denuncia:

[...] las falacias de un posmodernismo comercializado y de su discurso irresponsable [...] una

forma de celebrar la riqueza, acorde con [...] un momento de celebración del triunfo del capitalismo.

Refiriéndose otra vez al posmodernismo, observa con frases percutientes:

[...] Anteponer hoy el ornamento a la necesidad permite apenas disimular lo exiguo de la mentalidad utilitarista que dirige abiertamente estos procesos. [...]

[...] vasto espectáculo en el que se venden imágenes y recursos con el fin de mantener activa la maquinaria del capital. [...]

[...] símbolos e imágenes que no sólo representan valores culturales sino también intereses de poder. [...]

[...] el empleo exagerado de gestos que visten de seda la mezquindad utilitarista. [...]

[...] la propuesta historicista peca de anacronismo.

En cuanto al mundo profesional, a su juicio:

[...] la actuación del arquitecto requiere definirse entre el compromiso o la evasión. Hasta ahora domina esta última, el compromiso es el privilegio de muy pocos.

Más adelante precisa esta idea:

Se sienten perfectamente a gusto con dictadores brutales, magnates insensibles, multinacionales devoradoras, personajes ricos, competitivos y carentes de sentido estético, narco-trafficantes y mafiosos, y huyen espantados de cualquier encuentro con la pobreza [...]

Para muchos arquitectos, la pobreza es un problema que no reviste interés profesional, puesto que, para ellos, no tiene solución

posible y no se presta para hacer arquitectura.

Es con absoluta lucidez como registra:

Las ciudades [...] son los territorios en los cuales se lleva a cabo la lucha por la supervivencia, son los escenarios del poder [...] La ciudad es al mismo tiempo una realidad y un sinnúmero de ilusiones [...] Los poseedores del poder [...] El destino de las ciudades está en sus manos, no precisamente las más adecuadas para manejarlo.



Algunas imágenes, además de ser tan directas como acertadas, tienen una gran fuerza expresiva, como, por ejemplo, “la gran empresa comercial del espacio”, “la coalición entre los mecanismos de la planeación urbana y los intereses inmobiliarios y financieros de los agentes del poder”; o cuando la arquitectura se torna una categoría más de la industria cultural”, y más aún usando “ismos que son categorías de consumo” para una mera “arquitectura cortesana” que apenas busca “figurar en las olimpiadas internacionales del gasto”. Se rebela el autor contra “la esclavitud historicista”, “una historia establecida como bloque paralizante”. En las últimas páginas deplora la posible desaparición del concepto de ‘belleza’ o “su reducción como un simple valor de mercado”; y observa luego con marcado desencanto:

Una nueva estética no ha sido todavía formulada.

Frente a las pretensiones del posmodernismo concluye que “no hay propuestas definitivamente nuevas”.

Bajo el título *¿Sin propuestas para el próximo milenio?* termina su recorrido con algunas conclusiones bastante pesimistas en cuanto a las perspectivas sociales, políticas, o referidas al futuro de la ciudad y de su arquitectura.

Como se dijo, hay varias lecturas posibles de estos textos, desde sus meditaciones sobre la práctica de un oficio, hasta un recorrido por los caminos de la estética; incluso una lectura política, aquella que aquí se quiso destacar. Pues en estos tiempo de letargo ideológico generalizado, de completa anestesia y total insensibilidad ante la dramática social, de renuncia a las convicciones y del abandono de algunos principios, finalmente puede ser considerada positiva esta constancia negativa “de ausencia”. Sin lugar a dudas, es saludable esta sorprendente visión del autor; y quizá uno de los mejores logros de su libro.

JACQUES APRILE-GNISET

Mero catálogo de ornamentos

Expresión visual en las ciudades del bahareque

Adriana Gómez Alzate y Felipe César Londoño López

Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico, Universidad de Caldas. Blanecolor, Manizales, 1994, 108 págs., ilustrado

Los estudios de Néstor Tobón Botero sobre la arquitectura de la colonización antioqueña, publicados en cinco bellos tomos a partir de 1985, llamaron la atención sobre una expresión arquitectónica regional que hasta entonces había permanecido en el olvido, y abrieron nuevos caminos a la investigación social. A esta serie se ha sumado el de Jorge Enrique Robledo, con fotografías de Diego Samper, *Un siglo de bahareque en el antiguo Caldas* (El Áncora